

LA ÉTICA Y LAS DERROTAS

FERNANDO PARIZEK

A principios del presente siglo se publicó el esquema básico del genoma humano y la microbiología estableció una coincidencia del 98,6% entre los genes de los chimpancés y los humanos. Desde las publicaciones de Darwin, que suponía esta coincidencia, y nuestros días han pasado ciento cincuenta años y durante ellos las dos guerras mundiales con sus 140 millones de muertos además de la bomba atómica, Corea, Vietnam, Bosnia, Malvinas, las Torres Gemelas, Afganistán, Irak y otras 140 guerras “menores” con sus 150 millones de muertos.

Por más que queramos refugiarnos en los filósofos griegos o en la cultura occidental y cristiana, debemos vivir hoy con lo nuevo que la ciencia nos informa sobre nosotros mismos. Aquella pequeña diferencia del 1,4% con los monos que suponíamos nos permitía pasar de la música de percusión de los monos a la sinfónica, por ejemplo, ahora podemos comprobar que las tecnologías nos llevan, en lugar de arrojar piedras como ellos, a los bombardeos masivos a ciudades repletas de civiles o arrasar a la naturaleza con contaminantes, pesticidas, bondadosos pero indiscriminados programas de “ayuda” de las Naciones Unidas que arrasan con viejas maneras de sobrevivir, destruyendo acuíferos de zonas inmensas o promueven economías o medicinas no sustentables que crearon la más terrible explosión demográfica de toda la historia, ya hay 4.000 millones de personas (casi el 70% de la humanidad) condenados a la pobreza y que nacieron en los últimos cincuenta años.

Todo esto sucede con declaraciones emocionales como la proclamación de “Los derechos del hombre” o “... del niño”, etc. a los que los países ricos no adhieren ya que los vienen cumpliendo desde hace décadas de acuerdo con sus criterios. Lo curioso es que en los países pobres se los esgrime como propaganda de ciertos partidos políticos que se oponen a los métodos de enriquecimiento que usaron España, Irlanda o Polonia, por ejemplo, para mejorar radicalmente las condiciones de vida de su población.

En este desconcierto la Argentina no es una isla ni está llevando la mejor parte. Después de veinte años de democracia, con las Fuerzas Armadas silenciosas y totalmente sometidas a los vaivenes de la justicia, votando libremente, con una prensa libre pero naturalmente dependiente de los intereses de sus empresas, nuestro país debe insertarse en ese mundo globalizado y peligroso, en el que la ignorancia de los nuevos parámetros que lo rigen nos lleva a repetir una vez más viejos errores.

Los pobres sienten que los ricos, sean personas o empresas, reparten mal la riqueza que entre todos crean presuponiendo principios éticos que vienen fallando desde hace miles de años. Por su parte los Estados, aquí o en el mundo, por más populistas que se manifiesten, se ven empujados a utilizar bienes del pueblo para alimentar un clientelismo político dedica-

El Teniente de Fragata Fernando Parizek egresó como guardiamarina del cuerpo de Comando Técnico el 8 de diciembre de 1954. Realizó estudios en la Escuela de Ingeniería Aeronáutica de la Fuerza Aérea Argentina graduándose con el título de Ingeniero Mecánico Aeronáutico otorgado por la División de Altos Estudios del Ministerio de Educación de la Nación. Pasó a retiro a su solicitud en diciembre de 1963, desempeñándose posteriormente en la actividad privada. Siendo miembro de la Sociedad Argentina de Escritores publicó el libro Respuestas a sus preguntas de velorio en 1995.



BOLETÍN DEL CENTRO NAVAL

Número 818

Septiembre/diciembre de 2007

Recibido: 28.7.2003

do a satisfacer las ansias de las mayorías que dicen representar, apareciendo siempre fracciones aún más a la izquierda. Los filósofos e ideólogos aseguran que, de seguir sus políticas, todos se beneficiarían. Por ejemplo Hegel y Marx para el comunismo y, curiosamente, el mismo Hegel, Nietzsche y Heidegger para el nazismo, promovieron las grandes masacre ideológicas que reseñábamos, y sin embargo todavía hay intelectuales, periodistas, escritores, sindicalistas y educadores que honestamente creen en sus recetas, no pudiendo aceptar el desastre en que terminó la Alemania nazi o la Rusia comunista.

Por su parte las buenas personas están seguras que la ética, sea religiosa o no, permitiría sociedades cada vez más perfectas, no pudiendo entender que algunos hombres son impermeables a los incentivos de la educación.

Al afrontar estos problemas tengamos la tranquilidad de que la ciencia, por su misma condición, no puede alterar nuestras convicciones profundas, a lo sumo puede aportarnos datos de la realidad reciente.

Funcionamiento de los individuos

Ninguna persona siente que la psicología puede afectar sus enfoques políticos o religiosos, menos aún la ineludible biología o la antropología.

Todos entendemos la influencia de los genes en nuestra morfología visible, ¡qué lindo nenito, tan parecido al papá! Tampoco a la invisible relacionada con las enfermedades hereditarias. Demos el último paso con la psicóloga Judith Rich Harris ⁽¹⁾: “[...] se pretende disimular con eufemismos pero la realidad es que los chicos que terminan relacionándose con la delincuencia tienen persistentes cosas en común como la tendencia a ser agresivos, impulsivos y coléricos. Tienen a aburrirse con las actividades rutinarias, como las escolares, y buscan excitación sin temor a ser heridos. Tienen insensibilidad hacia el sentimiento de los otros y al sufrimiento que pueden causarles, además de un coeficiente intelectual ligeramente por debajo de la media. Todas estas características tienen una definida componente genética [...] Casi todas estas características serían cualidades entre nuestros antepasados genéticos los cazadores-recolectores ya que su grupo las apreciaría en mucho. Su falta de miedo, el deseo de emociones (el placer de la adrenalina como droga fuerte y natural), la agresividad y la impulsividad los convierten en conductores ideales cuando hay que luchar contra grupos rivales”.

Este párrafo, independientemente de la delincuencia a la que está dedicado, deja en claro que nuestro comportamiento tiene un componente genético importante e ineludible y que los comportamientos pueden ser útiles o, pasado cierto límite, condenables. Como nunca sabremos las circunstancias que le tocará vivir a la generación siguiente no podemos, ni en fantasía, considerar a ciertos genes como preferibles a otros.

Con una bibliografía científica contundente Carl Sagan ⁽²⁾ nos recuerda cómo las teorías de Darwin referentes a la selección natural y a la lucha por la supervivencia son actualmente confirmadas incontestablemente por la microbiología. Ante la persistencia de los desastres que se causa la humanidad a sí misma, el supuesto “baño de sangre” en el que creíamos vivían nuestros primitivos antecesores es un burdo error.

Vivir en la naturaleza es mucho menos sangriento y más seguro que las guerras, el terrorismo o la delincuencia desatados por el supuestamente racional ser humano.

La supervivencia de los grupos grandes de humanoides se inicia con la caza, que al extenderse a animales más peligrosos necesitaban más cazadores, no sólo los grupos tradicionalmente chicos comunes entre los chimpancés. Esta asociación para la caza se extendía a la defensa de las agresiones del medio y a la guerra contra los grupos competidores. Lo que socializaba al grupo era la continua lucha por el liderazgo. El más capaz de unificar los

⁽¹⁾
El mito de la educación.

⁽²⁾
Sombras de antepasados olvidados.

objetivos de todos y llevarlos a la acción eran, entre los orangutanes los dorsicanos, entre nosotros, los jefes.

Si alguno del grupo mentía (¡viene el lobo!); si robaba, sacando más de la presa para sí o su familia en perjuicio de la de los otros; o evitaba el peligro quedando siempre en la retaguardia, era inmediatamente tan agredido que quedaba eliminado del grupo, iniciando una vida solitaria sin posibilidad de reproducirse, destinado a una muerte sin descendencia a corto plazo.

Igual camino seguían los enfermos, los recién nacidos discapacitados, los viejos y los díscolos que no se plegaban al juego de alianzas.

Los que sobrevivían casi normalmente y lograban reproducirse no eran sólo los más fuertes sino los que no mentían, no robaban y se arriesgaban por el grupo, siendo astutos al aceptar a sus líderes o al proclamarse como tales.

Había funcionado la selección natural; los que casualmente no disponían de los genes para actuar acertadamente en ese momento de la evolución, desaparecían.

El chimpancé y el hombre tienen una enorme capacidad tanto de mentir como de darse cuenta del engaño, aplicando complicadas contramedidas, pero son empleadas dentro del grupo como elementos del juego por el poder, con escaso daño para todos. Cuando llega el momento de actuar contra otro grupo todos, tanto chimpancés como hombres, se unifican en una disciplina curiosamente militar, la misma que se viene usando desde hace más de un millón de años.

A efectos de contrastar estas ineludibles realidades heredadas con nuestros genes a continuación copiaremos varios párrafos, destacándolos, del artículo titulado “Reflexiones sobre la ética (desde un ámbito militar)” (3) y que nos servirán de hilo conductor.

“Existen tres valores que hacen a la esencia misma de su profesión militar, la honestidad, el honor y la integridad. Entendemos por honestidad el rechazo a la mentira, al robo o al fraude, en cualquiera de sus formas.”

Estas cualidades, que no son exclusivas de los militares, coinciden exactamente con las que vimos necesitan chimpancés u hombres para sobrevivir. Ya que son cualidades genéticamente integradas a la evolución de los grupos, los individuos que carecen de ellas pertenecen a una subespecie, los “pícaros”. Es urgente destacar que en los más complicados juegos de computación las sociedades honestas sobreviven, en caso de ser invadidas por los pícaros desaparecen todos. Pero si los honestos además son rencorosos y vengativos logran de nuevo sobrevivir si mantienen un bajo porcentaje de pícaros (4).

“Los primeros textos de ética fueron escritos en Egipto tres mil años AC con recomendaciones tales como: debe compartirse el pan con el hambriento o la gente humilde debe ser tratada con amabilidad. [...] se ha dicho que no puede haber moralidad sin religión... aunque ciertos dioses exigían sacrificios humanos, ¿acaso esto es correcto?”

La vida ha exigido desde el principio pautas de comportamiento cuya transgresión atenta contra la cohesión del grupo humano.

Existe toda una gama de motivaciones que partiendo de los valores biológicos va subiendo por toda la escala de valores que gobiernan los actos de los hombres hasta llegar a aquellos más heroicos y sublimes como el amor a Dios o a la Patria”.

Vemos en estos párrafos cómo los autores reconocen principios “éticos” tan antiguos, pero no más que los de la propia Biblia, que son la tradición oral de los grupos de distintas ubicaciones geográficas sin contacto cultural entre sí, que venían sobreviviendo gracias a “valores biológicos”.

(3)
Lic. C. A. Irigaray.
Dr. E. C. Gerding.
Cap. Nav. V. J. Reverter.
BCN 801.

(4)
El gen Egoísta, Richard Dawkins.

Ya casi recientemente las religiones occidentales admitieron una “moral natural”, para poder explicar los comportamientos éticos de grupos sin ningún contacto con la evolución de nuestra propia civilización occidental judeo-cristiana. En ellos se evitaban hechos aberrantes, como los sacrificios humanos, pero se mantenían los castigos para la mentira, el robo o el fraude haciendo sospechar la después confirmada transmisión genética de valores esenciales para los grupos que sobreviven.

Las dudas que perduraban sobre los actos heroicos quedaron explicadas por R. Dawkins (4). Por ejemplo, la tradicional prioridad en los salvatajes “las mujeres y los niños primero” tiene una raíz genética por la que se preservan las nuevas opciones de vida y los vientres, antes que los abundantes y fáciles de conseguir espermatozoides.

Los heroicos ataques a frentes imbatibles son otra de las conexiones genéticas típicas, era más probable sobrevivir luchando por el grupo que siendo eliminado de él por cobarde, en soledad y sin descendencia.

Cuando un ser humano se arroja al agua para salvar a un congénere no procede distinto que el delfín, que al percibir al hombre en apuros como alguien afín a su especie lo empuja hacia la superficie salvándolo de ahogarse.

Las mujeres que como sublimación de su maternidad dedican heroicamente sus vidas a niños y enfermos desconocidos recuerdan a las inyecciones de progesterona que pueden hacer de una rata indiferente (sea macho o hembra) una madre ejemplar aun de crías ajenas. La crudeza de esta similitud permite ubicarnos en el sorprendente presente de la biología que permite crear mediante hormonas los más delicados sentimientos que creíamos exclusivamente humanos.

Funcionamiento hacia afuera del grupo

“[...] Leibniz desliza aquí una excesiva simplificación... en ella no hay cabida para la libertad humana ni para el misterio del mal.”

El psicólogo evolucionista Steve Pinker (5) sitúa a la libertad humana en las innumerables combinaciones de decisiones posibles ante una realidad exterior cambiante, necesarias no sólo para sobrevivir sino para asegurar la especie. Una forma muy particular de sobrevivir es el permitido por los miles de millones de posibilidades de conexión de las dendritas neurológicas con las que el hombre siente la realidad y que hacen inagotable el arte la política o la religión.

Mucho más difícil de obtener es la supervivencia exitosa acompañada por el poder y la riqueza, que es la que intentan todos los que se ciñen a las normas de la sociedad de su tiempo en las distintas actividades productivas. En el hombre común todo se reduce a la esforzada búsqueda de pareja y de formas de obtener la subsistencia de su familia.

Desde el punto de vista de la supervivencia el mal colectivo no tiene misterio, siempre “el otro” es el malvado, el que sin razón ni motivo pretende quitarnos, avanzar en nuestro territorio, dañar nuestras posibilidades de reproducirnos y prosperar. Nunca advertimos que para ese “otro” “nosotros” podemos ser vistos como los malvados. Esta aparente falla cerebral que impide encontrar verdades o justicias absolutas es importante para la supervivencia ya que nos permite atacar o defendernos del “otro” sin molestas dudas existenciales. Los que logran darse cuenta de lo falso de las posiciones de individuos o grupos en disputa son los santos o los cobardes.

El mal individual complementa este sistema de defensa ya que lo sentimos cuando actuamos en discordancia con nuestro patrón genético. Para algunos matar o robar en beneficio de su supervivencia y la de su familia no significa reproche alguno de su referente genético, que podemos seguir llamando conciencia, si queremos. Pero mezclarse con ese tipo de gente es

(5) Steve Pinker se formó en Harvard, donde se desempeñó como profesor, pasando luego a Stanford antes de ser director del Centro para la Neurociencia Cognitiva del MIT donde publicó *Cómo Funciona la Mente* editado en castellano por Destino, colección *Áncora y Delfín*.

peligroso para los otros que sobreviven gracias a la cooperación entre los individuos. Desde el punto de vista de la supervivencia no se puede decir quién es el malo, cada uno usa un sistema distinto y los que sobrevivan serán los que acertaron para cada etapa de la humanidad.

“La teoría de la evolución [...] parece indicar que la supervivencia pertenece al más fuerte, algunas personas aplican esta mal interpretada ley de la jungla a sus actividades cotidianas.”

La dificultad de reconocer esta sutil línea que separa nuestros derechos del de las personas pícaras que nos quieren aplicar esta ley del más fuerte es lo que nos lleva a continuos conflictos inevitables ya que los genes nos han programado para sobrevivir aun en las circunstancias más dolorosas. Ésta es la razón por la que fantasear con la posibilidad de un mundo pacífico es el error de los ideólogos ya que el sexo y la guerra son las condiciones ineludibles de la vida. A veces en los monasterios se suprimen estas tres condiciones encadenadas, a veces sólo una o dos.

“Thomas Hobbes trató de desarrollar un sistema ético basado únicamente en la naturaleza humana, que busca siempre su autoconservación, centrándose en su conveniencia.”

Notemos que Bacon (1561-1626), saliendo de las fantasías ideológicas que adornaban el pensamiento filosófico, que partía de Grecia relevantemente desde el 500 AC, lo reencauzó hacia la realidad experimental. Lo siguieron Hobbes (1588-1679), Locke (1632-1704), Hume (1711-1776), Adam Smith (1723-1790), Erasmo Darwin (1731-1802), abuelo de Charles, que en su *Zoonomía* enunció la teoría de la evolución que su nieto (1809-1882) logró completar y probar en la realidad. Todos ellos no sólo se sucedieron suficientemente en el tiempo, note cómo se van superponiendo ordenadamente las fechas de sus vidas, y cómo les permite expresar en forma sistemática una impronta propia de su pueblo, alejado durante siglos de la influencia filosófica grecorromana. Estas casualidades les permitieron expresar los principios experimentales que detectan el comportamiento humano en la realidad de la economía, no sólo de las ideologías.

Por primera vez se dejaban de lado las doctrinas y sus “deber ser” y se enfocaba al hombre tal cual es en la realidad, cambiando muy lentamente según las condiciones de los individuos que mejor se adaptaban a cada condición de supervivencia. A casi cuatro mil años de aquellos enunciados egipcios respecto de la bondad y de la ética se podía dar por seguro que el hombre no aprende mejores comportamientos a través de la palabra, aunque sí nuevas tecnologías.

Tampoco es casualidad que Newton en la misma época y bajo los mismos influjos comenzara a introducir un nuevo y eficaz método en la ciencia.

Todos estos hombres provenían de un pueblo altamente seleccionado por vivir en una isla y por haberse impuesto una justicia dictada para la supervivencia del Rey y su Constitución, que aplicaba la pena de muerte, por ejemplo, hasta para los cazadores furtivos. Ellos no crearon ideologías, sólo se esforzaron en anotar la manera posible de sobrevivir.

A nuestros efectos citaremos una sola de las opiniones de Smith: los grupos dirigentes se apoderan del poder en su beneficio. Si por excesos en el poder o por permisividad en la bondad dejan que los más necesitados revolucionen el sistema, al no poder aportar nuevos métodos de producción de riquezas, romperán el equilibrio con perjuicio para todos, volviéndose a reanudar el ciclo.

En la misma época en que los investigadores mencionados mostraban el sistema de adecuación a la realidad típica de su pueblo, se comenzó a gestar el imperio de la Gran Bretaña, basándose en el simple principio de que la supervivencia de su grupo es más importante que el de todos los otros. La piratería era tan aceptable como el tráfico de armas o de esclavos, la condición ineludible era que dejara ganancias al Reino, que muy lentamente filtraba hacia los más pobres e incapaces pero permitía la firme cohesión del grupo.

No se trataba de la justicia ni del bien o del mal como valores teóricos. No eran peores los ingleses traficando negros que los españoles explotando indios para reunir el oro que después era saqueado por Inglaterra, cuya reina nombraba caballeros a sus almirantes, llamados piratas por los españoles.

El traspaso genético producido por Gran Bretaña en su conquista de América del Norte fue tan exitoso que se puede confundir con el ideológico. Los EE.UU. tomaron el testimonio y actualmente recrean el nuevo Imperio anglosajón. España hace pocas décadas logró acceder a los hechos que la supervivencia exige para desarrollarse, mientras Latinoamérica se confunde todavía entre las ideologías de la pobreza proclamadas por los pícaros que aprovechan las aparentes democracias.

La fantasía de una más equitativa distribución de la riqueza jamás llega a los pueblos que no logran aceptar las diferencias que impone la biología entre los seres vivos. La supervivencia del grupo Nación no funciona en relación con las distintas justicias que pretenden sus subgrupos antagónicos, sino a las decisiones persistentes a través de las generaciones para mejorar las condiciones del grupo de acuerdo con los principios de la naturaleza, no de las ideologías. La Rusia comunista, y la mitad del mundo que copió su ideología, es el fracaso más conmovedor, sufrido y heroico en el intento del hombre de negar su lenta evolución genética de millones de años para tratar de implantar ideologías que prometen un bienestar milagroso.

Funcionamiento entre los grupos

“El maquiavelismo, obra maestra del cinismo, no debe tener cabida en las Fuerzas Armadas.”

Este juicio, extensible a toda la sociedad, es compartido por toda persona de bien pero pierde validez si no se formula el marco en el que se lo debe aplicar.

Nadie duda que la estrategia y la táctica militar, política, comercial, legal y hasta deportiva se basan en las operaciones de distracción, sorpresa, hipocresía y engaño del enemigo u opositor. En todas estas actividades humanas el fin de la victoria o la ganancia justifica todos los medios, de acuerdo con la más conocida de las recomendaciones de Maquiavelo.

Los límites impuestos por la Convención de Ginebra para la guerra, el Código de Comercio o los reglamentos de las Asociaciones del Fútbol son tan tenues y elásticos que han arraigado la convicción popular que son los victoriosos los que terminan fijándolas. Hasta el Código de Justicia Criminal permite la mentira como elemento de la defensa.

El paso adelante que introdujeron las técnicas modernas para todas estas actividades es la calidad, también regida por normas internacionales, dictadas por los más favorecidos; y el marketing, la cara sonriente y confiada de la vieja hipocresía comercial. Ahora aceptamos que, ya que todos queremos conquistar o vender algo, hagámoslo alegremente y que gane el más capaz con el mejor producto.

Notemos claramente entonces que si bien el maquiavelismo no debe aceptarse hacia adentro para que nuestro grupo se arraigue, es imprescindible aplicarlo en la lucha entre grupos.

El Príncipe en todos sus siglos de existencia fue estudiado y aplicado tenebrosamente ininidad de veces. Lo curioso es que *El nuevo Príncipe* escrito por Dick Harris, asesor electoral del ex presidente norteamericano Bill Clinton, lo asimila abierta e ingenuamente a las prácticas democráticas de la primera potencia del mundo, que, después del 11 de septiembre, entusiásticamente se plegó a la lucha antiterrorista sin ley ni cuartel (maquiavélica) que antes condenaba.

“La integridad (la aplicación de la ética) es lo que provee de fortaleza interior y el motivo por el cual uno puede respetarse y pedir ser respetado.”

Sabiendo que el origen de la ética es la supervivencia, el cumplimiento de sus principios y la consecuente satisfacción no se obtienen por el respeto que uno se otorga a sí mismo y pide ser respetado, ya que aun casi todos los criminales se consideran a sí mismos como respetables inocentes. Se reconoce al padre o al líder por lo que están permanentemente haciendo a favor de los otros, que en general también coincide con su propia conveniencia y las de sus descendientes, y por ello se hacen merecedores de respeto.

“El argumento de Hobbes se centra en la conveniencia, entonces habría una guerra de todos contra todos y la vida del hombre sería brutal, corta, indecente, pobre y solitaria [...] pensar así sería equivalente a vivir en la desesperanza que embargaba a aquellos pensadores.”

Afortunadamente la vida no le pregunta nada a los pensadores y continúa el mandato genético llena de hijos, nietos, penas, alegrías y amor. Es cierto también que las tremendas guerras del pasado siglo superaron todo lo imaginado anteriormente. Pero debemos aceptar que no estaban relacionadas con la supervivencia biológica sino con las sucesivas ideologías de las cuales Nietzsche no era ajeno para la Alemania nazi, ni Marx para la Unión Soviética y China. Debemos concluir que las ideologías son mucho más peligrosas que la biología.

Muy por el contrario, el sistema que triunfó fue el de los pueblos que podían reconocer al ser humano en su relación con la naturaleza, no con las ideologías, en forma notablemente parecida a la que mostraban los investigadores ingleses mencionados, Hobbes entre ellos y Darwin por supuesto.

Conclusiones

Nuestra dependencia genética es cada vez más evidente, no discutible como lo hacían las señoras de los tiempos de Darwin.

El concepto de ética del artículo que comentamos no ha variado, pero al conocer su origen podemos evitar ser engañados por los pícaros, que pretenden usar nuestra ética en su beneficio.

La evolución de la vida no puede ser dirigida, es azarosa en sí misma y aunque ningún discurso puede cambiar a la gente, los discursos equivocados no ajustados a la realidad biológica demoran cualquier intento de mejoramiento de vida próximo de las sociedades dispuestas a competir.

En los países latinoamericanos es evidente la incapacidad de formar grupos coherentes hacia el interior de cada país. Todo lo contrario, las políticas irreconciliables, las guerrillas terroristas y la delincuencia nos visitan frecuentemente y hacen lo imposible para atomizar cualquier grupo oponente.

Todavía en nombre de la vieja ética, ya dejada de lado aún por la primera potencia del mundo, los bondadosos ciudadanos subdesarrollados dudan en combatirlos frontalmente por temor a infringir los “derechos humanos”, aun cuando éstos sean reclamados para ciertos grupos y negados a otros.

Las democracias originales, aun en su pluralidad, reconocían al hombre. Marx dio un paso atrás, condenaba a los grupos sin considerar a los individuos, directamente condenaba a todos los ricos, a todos los religiosos, a todas las prostitutas, etc. Le adicionaba un arma terrible, dentro del partido era lícito mentir, odiar o engañar para descubrir la real ideología del otro, y eliminarlo. A pesar de estas herramientas poderosas el comunismo desapareció, no logró vencer la pobreza ni cambiar la genética que hace que el hombre funcione para la supervivencia de su mujer y sus hijos, no para un partido.

Lo que no desaparecerá nunca es el continuo surgimiento de pobres o ricos capaces, ansio-

esos de alzarse con más poder “para beneficiar a los necesitados”. Con más o menos estoicismo comienzan por apoderarse de los beneficios del poder, pero notemos, aun reconociéndole todo el idealismo que pregonan, que su acción nunca disminuye la cantidad de pobres en ninguna época de la historia.

Los países subdesarrollados son los que más sufren el asedio maquiavélico de todas las potencias desarrolladas del mundo con sus programas de invasión comercial, militar y política; ellos quieren vender o prestar, en ello les va su supervivencia de ricos.

Por el contrario, los dirigentes que siguen confiando en las políticas populistas que fracasaron en la Unión Soviética se empeñan en resucitarlas.

Todavía suponen, a pesar de la realidad histórica, que será en beneficio de la supervivencia de los pobres, y de la propia por supuesto. Pero no logran articular una propuesta distinta que la ya vieja y probadamente ineficiente de quitar a los que más tienen para dar a los pobres.

No se trata de la paranoia de suponerlos perversos. Ninguno de los dos grupos lo son, simplemente prefieren su propia supervivencia a la de sus oponentes sin poder evitar enredarse en ideologías, en lugar de aceptar que la imprevisible biología es la que decide el resultado.

Si pretendemos ignorar la naturaleza humana y seguir confundidos entre grupos internos, cada uno de los cuales se considera justo y ético calificando de maquiavélico al oponente, no lograremos jamás entender que los que sobrevivirán serán los que logren ese raro equilibrio de honestidad y subordinación dentro del grupo dominante para no atomizarse, pero de dura competencia contra todo otro grupo de políticos o delincuentes que pretenda debilitarlos. ■

MAN Ferrostaal Argentina S.A.



80 m Offshore Patrol Vessel (OPV)



MAN Ferrostaal lleva más de 40 años en el país ofreciendo sus servicios para Inversiones Industriales, de Infraestructura y de Defensa, como Contratista General o en consorcio con empresas nacionales e internacionales en proyectos de gran escala, especialmente en las áreas de siderurgia, química, petroquímica, industria naval, transporte y metalmecánica.

Lima 355 8° – C1073AAG BUENOS AIRES - ARGENTINA
 Tel ..54-11-5031 5300 – Fax ..54-11-5031 5301
 Mail fsa@ferrostaal.com www.manferrostaal.com